

de 1951 fué fundado dicho organismo, que en lo futuro habría de recoger propósitos dispersos y creaciones aisladas, dándoles una unidad y aportándose a la obra común las iniciativas y posibilidades del Estado y de la Corporación.

Así, y a partir del año siguiente de la fecha de su fundación, comenzaron las instalaciones de bibliotecas en la provincia, fijándose como preferentes las cabezas de partido o aquellas poblaciones rurales de mayor número de habitantes. Desde el primer momento fueron absorbidas o creadas las bibliotecas municipales de Zarzalejo, Valdetorres, Aranjuez, Cenicientos, Getafe y Pinto, y la especial denominada de San Juan Bautista, del Hospital Provincial de Madrid. Más tarde fueron inauguradas las municipales de Colmenar Viejo, Collado Villalba, Chinchón y Torrelaguna.

Con cargo a otros presupuestos siguientes quedaron establecidas las de Alcobendas, Miraflores de la Sierra, San Martín de Valdeiglesias, Navalcarnero, Pozuelo de Alarcón y San Lorenzo del Escorial, y la del Colegio Provincial de San Fernando, así como, entre las denominadas de empresa, las de Experiencias Industriales, de Aranjuez, y Hélices para Aeronaves, de Madrid, y más tarde las también municipales de Navacerrada, Guadarrama, Tielmes y Buitrago, con la del Colegio Provincial de las Mercedes, de Madrid.

En todos estos centros culturales, los Ayuntamientos respectivos ofrecen el local, que ha de reunir condiciones especiales de acceso fácil y ventilación adecuada, calefacción, etc. Y la Diputación, en consorcio adecuado con el Ministerio de Educación Nacional por medio del Centro Coordinador, provee a su instalación y depósito de libros, consistentes en un primer lote, a cargo del Servicio Nacional de Lecturas, en proporción al número de habitantes de la localidad, con una aportación inicial de 1.000 volúmenes en adelante, proporcionándosele después por el Centro Coordinador, cada año, nuevas libros.

Estos centros de cultura, en los cuales, por medio de los equipos del Servicio de Extensión de la Diputación, se celebran también conferencias, coloquios y proyecciones de películas, resultan prácticamente verdaderos focos de los que irradia una renovación de ambiente que contribuya a elevar, sin duda alguna, el nivel cultural de los núcleos rurales.

MALETAS VIAJERAS

Para localidades de menor densidad de población, el organismo provincial, por medio del Centro Coordinador, ha organizado las llamadas "agencias de lectura", consistentes en lo que se denomina "maletas viajeras", con el siguiente contenido: un fondo permanente inicial de 50 libros preferentemente recreativos, y una "maleta" con diversos volúmenes, revistas, etc., depositadas por un espacio de tres meses, renovables periódicamente en cada una de las localidades a que se destinan. En los momentos actuales se han fijado dichas agencias en Colmenas del Arroyo, Fresnedillas de la Oliva, Móstoles, Navalagamella y Villamanta. En este año que entra quedará incluido también el pueblo de Lozoyuela.

En la provincia de Madrid, por tanto, funcionan en la actualidad 24 bibliotecas dependientes de este Centro

Coordinador, que se nutre de las cantidades que al respecto figuran en el presupuesto provincial, la ayuda del Estado y la inicial del Municipio. Para el próximo ejercicio están ya previstas dos instalaciones importantes en Alcalá de Henares y Leganés.

Al frente de estos verdaderos centros culturales se ha dispuesto que figuren, a ser posible, licenciados en Filosofía y Letras, y, en su defecto, se encomienda su conservación y gobierno a los maestros de las respectivas localidades o al cura párroco.

LOS VECINDARIOS ACUDEN CON ENTUSIASMO A LA BIBLIOTECA

Estas manifestaciones expansivas de la cultura han sido acogidas por los vecindarios desde el primer momento con verdadero entusiasmo. Es graciosa la anécdota rigurosamente exacta, según se nos asegura, de que, en contraste con este ansia de saber, demostrada por los pueblos, hubo en determinada ocasión una protesta de los taberneros de cierta localidad que creían lesionados sus intereses, y lo eran sin duda alguna, porque los habituales a sus establecimientos se habían desplazado a la biblioteca en las horas en que descansaban de su trabajo.

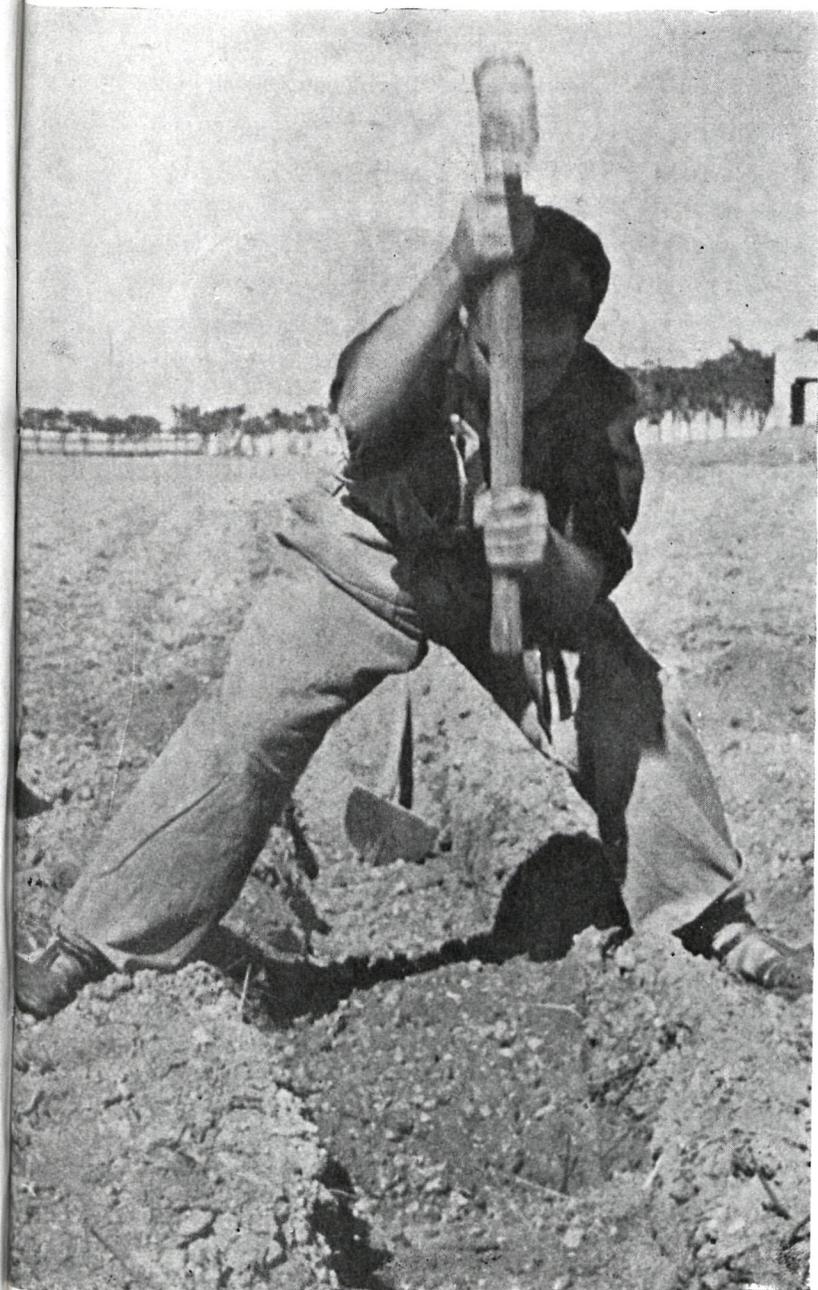
En la provisión de libros para estos centros se ha procurado por los elementos técnicos que llevan la responsabilidad del servicio, tener en cuenta las condiciones de las localidades en que se instalan, llevándose a ellas libros en consonancia con las características de la población agrícola, ganadera, industrial, etc., independientemente de los libros de recreo para el espíritu, como biografías, viajes y novelas, son olvidar, como es natural, los grandes maestros de la literatura y una buena parte para el público infantil, así como revistas y periódicos.

Hoy, bajo la alta dirección del Marqués de la Valdivia, que preside el Patronato que rige el Centro Coordinador, y cuya vicepresidencia corresponde al que lo es de la Corporación, don Eugenio Lostáu, que está al frente asimismo de la Comisión de Cultura, es su director, por el Ministerio, don Enrique Fernández Villamil, y la bibliotecaria de la Corporación, señorita María del Rosario Bienes, como subdirectora del Centro. Este Patronato está compuesto por diversas representaciones de elementos técnicos y algunos Diputados en representación de los pueblos.

El Patronato del Centro continúa su labor para que en un plazo no muy lejano sea una realidad la instalación de bibliotecas grandes o chicas, en todos los pueblos de la provincia, pues si importante es, a no dudar, proveerles de buenas comunicaciones, abastecimientos de aguas, alcantarillado, etc., no lo es menos la elevación del nivel cultural de sus habitantes, que traerá como consecuencia una mayor comprensión de los problemas humanos y un afán de superación, digno del mayor elogio, ya que no sólo de pan vive el hombre, aunque viva de pan.

U. M.

(Premio del Concurso Periodístico "Diputación Provincial 1962", publicado en la *Hoja Oficial del Lunes*, de Madrid, del día 10 de diciembre de 1962.)



MADRID

NO ES SOLO INDUSTRIA

De sus 800.000 hectáreas de superficie,
365.000 reciben adecuado cultivo

REITERADAMENTE se nos dice que Madrid ocupa por propio derecho un primerísimo puesto en la industrialización del país. Y, al hacernos eco de esta exacta afirmación, olvidamos, sin embargo, que también es campo y que muchas de sus gentes viven para este menester de cada día sin cansancio ni desesperanza. Cumplen el destino del hombre que se hizo agricultor, y a esa tarea dedican incesantes afanes, conjugándolos con el cierzo y la ventisca, la sequera y el páramo, las lluvias mal avenidas con el justo deseo y los tiernos brotes, y la hoz de fuego de un sol que prematuramente viene a segar toda esperanza. Un quehacer, en suma, colmado por la forzada e ineludible aventura del azar contenido en la veleidosa condición de la climatología. Quizá por todo ello suele olvidarse con harta presura que Madrid también tiene su campo, sus campesinos y sus producciones discretamente asomadas al cúmulo de aportaciones que recibe la general economía provincial. A destacarlas hemos querido dedicar un

tiempo y un espacio que rescaten de aquel olvido esta notoria realidad agraria matritense.

LA TIERRA QUE PRODUCE

De las 800.200 hectáreas que suman la superficie provincial, 365.000 reciben puntual cultivo. De éstas nos vienen en cantidades notables, que no hemos de desmenuzar por su prolija condición estadística, los cereales, las leguminosas, las patatas, las plantas azucareras, el tomate, la cebolla, las hortalizas, el viñedo, las frutas, el olivar... Todo ello nos da en números redondos la cifra de 1.800 millones de pesetas.

Si aquélla es la tierra que produce de habitual manera conforme a sus cultivos, otras 320.00 hectáreas no labradas quedan para montes y pastos, y una postrer cifra considerada como zona improductiva alcanza a otras 115.000 hectáreas. Pero quizá ofendamos a estas tierras que no dan fruto concreto llamándolas improductivas, pues también

tienen dentro de la necesidad agraria su modesto y aún desconocido menester. Por ejemplo, cumplir una eficiente tarea de servicios, como son los que exigen el trazado de carreteras y caminos, el tendido de vías férreas, las extensas parcelas dedicadas a instalaciones, todo ello en esas que pueden considerarse como las tres esenciales zonas de la provincia, que por su situación geográfica se denominan manchega —la más rica de todas— y alcarreña, que se benefician positivamente de la aguas vivas del Henares, el Tajo, el Tajuña y el Jarama. Finalmente, la tercera zona, a la que por su localización conviene el exacto nombre de serrana.

SECANO Y REGADIO

Es el cultivo de secano el de mayor importancia en la provincia madrileña, con un porcentaje de un casi 35 por 100 frente al 8 por 100 de regadío, ambos con referencia a la superficie cultivada. El cereal rinde en estas tierras, si es trigo, 10 quintales métricos por hectárea, y 18 quintales métricos si de cebada se trata. Y son productos más abundante en ellas, además de los cereales, los tubérculos, plantas azucareras y hortalizas.

Los pueblos se asoman a estas tierras y plantan en ellas sus huertas, como Leganés, Getafe, Paracuellos, Vaciamadrid, San Fernando de Henares. No se olvidan a Fuenarrabal, ni a San Martín de Valdeiglesias, ni mucho menos Aranjuez; que van fertilizando sus tierras con la caricia del agua próxima, como Alcalá, Morata, Chinchón, Titulcia, Humanes, Meco..., si no asomados todos a las orillas de los ríos conocidos, reciben la condición del agua de los canales, presas y acequias que buscan las tierras resacas para humedecerlas.

LA CABAÑA PROVINCIAL

Quizá no sea excesivo para Madrid su propio censo ganadero. No obstante, y aun sirviéndose con frecuencia para la necesidad de su consumo con las aportaciones que recibe de las próximas provincias de Avila, Segovia y Toledo, posee 430.000 reses de ovino, 75.000 de porcino, 59.000 de bovino y 45.000 de caprino. Este último es el que más parece disminuir. Luge hay 20.000 mulos, 13.000 asnos y 5.000 caballos. Gallinas se cuentan 720.000, 30.000 palmipedas, 2.000 pavos y 40.000 conejos. También hay 9.000 colmenas.

A tenor de las cifras anteriores así es la producción obtenida a lo largo del año, con 11 millones de kilos de carne, 115 millones de litros de leche, seis millones de docenas de huevos, 700.000 kilos de lana, 81.000 kilos de miel, 3.000 kilos de cera y 615 millones de kilos de estiércol, empleados éstos de nuevo en la tierra como abono orgánico.

La traducción de todos estos productos a un entendimiento de valoración económica señala una cifra total de 1.213.650.000 pesetas año.

La catalogación de los montes madrileños señala la existencia de 184 de utilidad pública, dependientes del Estado o los municipios que cubran 89.000 hectáreas de terreno. Hay, además, otros 3.530 montes de régimen privado y libre disposición de particulares, sobre 243.000 hectáreas. Verdaderas masas forestales se encuentran en El Pardo, Villaviciosa de Odón y Boadilla del Monte —aparte, claro está, los correspondientes a la Sierra—, y las zonas más importantes señalan masas de coníferas en su triple variedad de pinos silvestre, pináster y piñonero, y otras masas frondosas, en las cuales predominan la encina, el roble, la haya y el chopo, además de otras menores.

Esa totalidad de 3.714 montes provinciales produce una cifra no muy lejana al centenar de millones de pesetas, aun cuando sea bueno y exacto añadir que la contribución forestal de Madrid a su economía general agraria es mínima en relación a la obtenida por los restantes productos agropecuarios. Ya lo dice elocuente la proporcionalidad de la renta agraria si tomamos 100 como índice para señalamiento de lo industrial y agrícola: el 92 por 100 responde a lo primero y el 8 por 100 a lo segundo. Y dentro de este pequeño porcentaje, el 61,5 corresponde a la agricultura en sí; el 38 por 100, a la ganadería, y sólo el 0,5 a lo forestal.

POBLACION AGRARIA

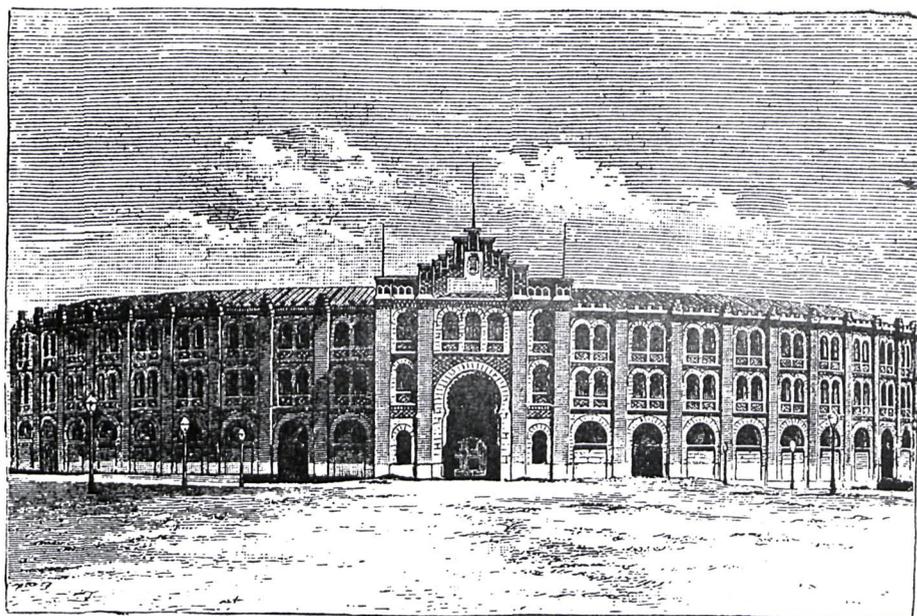
El censo de las gentes agricultoras de la provincia madrileña se establece en unas 55.000 personas. No parece —ya lo sabemos— que sean muchas; pero piénsese el complejo familiar que de ellas se deriva, pudiéndose calcular en un cuarto de millón la población que en realidad depende de la abundancia o la escasez de la realidad agraria madrileña.

Y conviene también añadir que el campo de la provincia se mecaniza cada vez más, contándose ahora ya —aparte otra maquinaria indispensable para la variedad de faenas— con 3.000 tractores en pleno rendimiento.

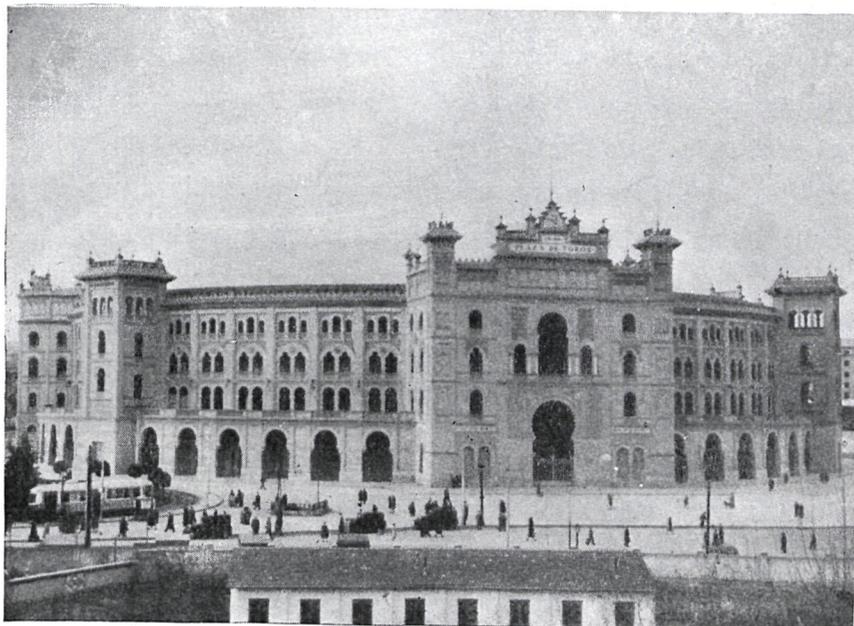
Así, en esta apresurada aunque cordial mirada, hemos visto el campo, este campo que Madrid tiene, con sus problemas y sus gentes, con su riqueza y su esperanza. Campo, sin embargo, que, ante el ininterrumpido crecimiento industrial que los tiempos traen, hace que los madrileños suelen olvidarse en tal manera, que sólo lo recuerdan cuando sienten necesidad de medicarse con aire limpio bajo el cielo en los días de asueto de su apresurada y agobiante tarea diaria en la ciudad. Pero ahí quedan esos datos escuetos para lección y señalamiento de que también el campo de Madrid contribuye al bienestar de sus gentes y al fortalecimiento de su economía.

OBDULIO GOMEZ

(Artículo publicado en la Hoja del Lunes de Madrid, del día 3 de diciembre de 1962. Premio del Concurso periodístico Diputación Provincial 1962.)



LAS
PLAZAS
DE
TOROS
DE
MADRID



LAS PLAZAS DE TOROS DE MADRID

(Recuerdos de mi mocedad)

EL pueblo de Madrid, desde que la Infanta Doña Isabel de Borbón fué Princesa de Asturias, dió en llamarla cariñosamente «La Chata». La Infanta agradecía el remoque, porque sabía que era una sincera demostración del afecto popular.

Quiero situar la acción de este articulillo en la primavera de 1914, es decir, a los veintitrés años de mi edad y a los cuarenta y ocho, —marcha atrás—, de nuestro tiempo...

La Infanta Isabel, «la Chata», iba a los toros acompañada por la Duquesa de Nájera. Todavía no la circundaban ovaciones, pero frases de admiración y de complacencia, sí.

Iban a los toros en un landó, calle de Alcalá arriba, hasta llegar a la hoy llamada avenida de Felipe II, que terminaba donde estaba la Plaza, situada donde ahora se levanta el Palacio de los Deportes. Para los que tengan mi edad, aquella Plaza de Toros, la vieja, como se la llama hoy para distinguirla, ya que por entonces la vieja era la que ocupó en segundo lugar la Puerta de Alcalá, posee recuerdos imborrables.

Cuando Su Alteza se apeaba ante la puertecilla de acceso a los palcos, el murmullo popular se

desentendía de títulos y la mentaba, de modo que ella lo oyese: «La Chata». Doña Isabel, como antes dije, gustaba del remoque que la ofrendaba amorosamente el pueblo de Madrid.

En la primavera comenzaban las corridas de toros. La gente iba a ellas trepando en los coches que se alineaban ante el Ministerio de Hacienda, en una larga fila. ¡A la Plaza!, ¿eh?... ¡A la Plaza!, ¿eh?... era el grito, más bien el alarido de los cocheros y de sus ayudantes. Subían los «ripperts»; Alcalá arriba, repletos de aficionados y de gente. A un lado y a otro cabalgaban los picadores, briosamente acicalados, con el castoreño torcido y la coleta —que ya no se usa—, bien visible, cayendo la trenza sobre la espalda; llevaban a la grupa el «monosabio», con su chaquetilla roja y su gorra ladeada, a estilo de pilluelo. Los coches de lujo, tirados por magníficos caballos, alternaban con las «manue-las», sustitutivas del «simón», que se diferenciaban entre que éste iba cerrado y aquéllas abiertas. La carrera era una peseta, pero yendo a los toros subía a una cincuenta. Se reunían cuatro amigos, a cincuenta céntimos por barba, y con dos reales de propina, para el auriga, quedaban como los propios ángeles, si éstos hubiesen ido a los toros. Había muchas motos de alquiler, conducidas por el mecánico.

Los toreros iban a la Plaza en

jardinera, vestidos con sus trajes de luces, con fuertes colores, despertando la admiración de las gentes, que los veían pasar desde las aceras.

—¡Ahí va «Bombita»!

—Y tan risueño como de costumbre.

—Mira, mira, «Machaquito».

—Ese no se ríe.

—¡A ver como quedas, «Jose-lito»!

—¡Ten cuidao con el «Chepa», le gritaban a «Gallito». El «Chepa» era Belmonte para los jose-listas; para los incondicionales de Juan, era «Terremoto» o «Cata-clismo».

Y fué Juan Belmonte el que inició la desaparición de las jardineras. Comenzó por ir a la Plaza en automóvil. Decían algunos que lo hacía por comodidad, o por rehuir el entusiasmo de sus partidarios. Otros, no sé si los mal pensados o los que atendían a la realidad, justificaban el empleo del auto para evitar a la salida, cuando Juan estaba mal, los bestiales atentados de los gamberros taurinos, que han sido los más gamberros de todos los gamberros.

«Joselito» y «Saleri II» fueron los últimos en abandonar las jardineras. Desde la Puerta del Sol hasta la misma Plaza, las dos aceras y parte del encintado de la calle de Alcalá eran sendos hervideros de gente, lo mismo a la entrada que a la salida. Las corridas de toros, en aquella época, eran un



«Joselito», el matador que llenó una época del toreo —tal vez la mejor—; aquella de los tiempos de «José y Juan», logró, en definitiva confirmación de su valer artístico, ser el «as» indiscutible de la torería en la Plaza Vieja de Madrid, en cuyo lugar se encuentra hoy el Palacio de los Deportes. Corren otros tiempos, cierto; y también lo es que, por lo menos, ahora se torea de «otra forma». ¿Qué les parece a ustedes el bello, artístico y arrogante «desplante» que recoge el arte de Roberto Domingo?



«Manolete» fué otro de los grandes diestros que alcanzaron sus mayores triunfos en la Plaza de las Ventas. ¿Quién no recuerda su «colosal faena» con aquel toro sobrero de la ganadería de Pinto Barreiros?

verdadero espectáculo para la buena gente madrileña.

La primera Plaza de Toros de Madrid la mandó edificar Felipe IV, en las inmediaciones del Palacio del Buen Retiro.

Por entonces, las fiestas de toros se celebraban en plazas públicas; únicamente, las de mayor solemnidad se corrían en la plaza Mayor. La Plaza del Retiro se hizo para fiestas aristocráticas, sin popularidad alguna.

Más tarde, el rey don Fernando VI encargó otra, con cargo a su capital privado, que se construyó en el espacio que hoy se comprende entre las calles de Serrano y Claudio Coello. Esta Plaza se hizo para recreo del público e ingreso para los hospitales de Madrid, por Real Decreto de 8 de octubre de 1754, cediéndoles la propiedad de la Plaza y concediéndolas su arrendamiento. Firmó el Real Decreto en El Escorial, el 5 de noviembre del mismo año.

Los arquitectos don Ventura Rodríguez y don Fernando Moradillo fueron los encargados de los planos y de la construcción. En la Plaza cabían doce mil personas, pero en 1883 quedó reducida a diez mil espectadores. Comenzó a derribarse el 17 de agosto de 1874, con la melancolía de los viejos aficionados, no superior a la de los que vimos derribar la Plaza de la carretera de Aragón...

Don José de Salamanca, personaje de moda y banquero muy popular, cedió los terrenos para que se levantase la nueva Plaza en un solar de la carretera de Aragón, siendo autores del trazado los arquitectos don Emilio Rodríguez

Ayuso y don Lorenzo Álvarez Capra.

Se estrenó la Plaza el 4 de septiembre de 1874, según rezaban unos letreros sobre la puerta de los toriles. En aquella tarde se lidiaron dos toros de cada una de las ganaderías del Duque de Veragua, García Puente y Navarro, y uno de Hernández, Núñez de Prado, Anastasio Martín y Miura. Fueron los toreros «Bocanegra», «Lagartijo», «Currito», «Frascuero», «Chicorro», «Machín» y Valdemoro. El mudéjar fué el estilo arquitectónico de la nueva Plaza. El número de espectadores era de 13.011, pero añadidos los de los palcos llegaban a 13.210. Tenía doce chiqueros, caballerizas para cincuenta caballos, taquilla y una enfermería, que fué modelo en su tiempo; administración con vivienda, sala de toreros, etc.

Siendo presidente de la Empresa taurina el señor Jardón, surgió la idea de sustituir la Plaza de la carretera de Aragón por otra nueva, mucho más amplia. Otro de los componentes de la Empresa, el arquitecto don José Espeliú, trazó los planos, cuyo primer ejemplar publiqué yo, por condescendencia del ilustre arquitecto, en un periodiquito taurino que yo regía.

Así se levantó la nueva Plaza de Toros de las Ventas.

Entre la Diputación, el Municipio y la Empresa, hubo infinidad de dimes y diretes sobre la inauguración, ya que la Plaza estaba aprisionada por grandes montículos de tierra, que ninguno quería quitar. El Ayuntamiento se negó a autorizar la inauguración. Finalmente se llegó a un acuerdo, y,

aunque muy lentamente, comenzaron las obras de desmonte.

En el año 1931 el Alcalde decidió dar una corrida para aliviar el problema de los obreros parados, que eran muchos. Se dió la corrida el 17 de junio de dicho año. Los ganaderos, señores Domecq, Fernández, García Aleas, Viuda de Concha y Sierra, Pérez Tabernero (G), Coquilla, Conde de la Corte y García (I), regalaron un toro cada uno. Los matadores de toros fueron «Fortuna», Lalanúa, Villalta, Barajas, Fuentes Bejarano, Barrera, «Armillita» y Manolo Bienvenida. El primer toro se llamó «Hortelano».

Terminada la corrida, el Coso cerró sus puertas y no volvió a abrirlas hasta el 21 de octubre de 1934, lidiándose seis toros de doña Carmen de Federico, para Juan Belmonte, Marcial Lalanda y «Cagancho». Y ya continuó sin más interrupción que la impuesta a consecuencia del Alzamiento Nacional en 1936.

Murió Espeliú, autor del proyecto, antes de que se terminase su magnífica labor arquitectónica.

El aforo actual de esta Plaza es el de 23.000 personas.

Y de aquí en adelante, los cronistas podrán dar más detalles cuando se construya la nueva Plaza de Toros, que tal y como van los tiempos, con el incremento del turismo, del que también podrán salir muy buenos aficionados, no tardará en hacerse en una de las tremendas explanadas de Castilla, que ya van quedando pocas, en virtud de las precauciones del Jefe del Estado español.

Francisco RAMOS DE CASTRO